



Suplemento  
de  
BLANCO Y NEGRO  
nº 6

*Duplicado*  
¡Ja fallin ciega! con los  
os venchados elegimos siempre  
lo que puede ser nuestra felicidad.  
¡nuestra desdicha! - luego del  
amor, de la carnalidad - como  
en la comedia de Manivara.  
Al ver cuando no vemos mas  
luz del fuego es el destino  
el que juega con nosotros. A veces  
nos eligen como a ciegos elegimos  
y juegan con nosotros la fortuna,  
el amor y el fin de la muerte.

*Jaimito Peruvante*

-29 diciembre 1895-

AÑO NUEVO



# ilusión de siempre

## la ilusión de partir



**N**ERVIOSOS lebreles que soportan con dificultad la mano imperiosa del ojeador; piafantes caballos que corcovean con júbilo el anuncio de la veloz galopada; jóvenes guerreros y hermosas amazonas precipitándose en el frenesí de la valerosa fiesta: la ilusión de partir está expresada en el cuadro con la elegancia y la medida, con el orden y la nobleza que eran caros al clasicismo. Pero cambiamos nada más que una palabra, y la idea se nos convierte en romántica. El "anhelo" de partir... y ese anhelo de la eterna partida, esa infatigable voluntad de marcha es, en resumidas cuentas, lo que constituye el fondo de la historia humana. La misma civilización, ¿acaso es otra cosa que un anhelo nunca saciado de marchar y dirigirse hacia nuevos horizontes, nuevas verdades, nuevos descubrimientos?

En el cuadro de Nicolás Poussin marchan los personajes como a una alegre cacería. Pero la pieza que se disponen a cobrar es terriblemente feroz y motivo de lamentables dramas; es el espantoso jabalí que la desechada Artemisa, la celosa deidad, ha lanzado sobre las tierras helenas para que las devaste. No importa; todos los cazadores muestran el ardor de marchar, la ilusión de partir, en un alegre remolino de lebreles y alazanes, mientras el fauno cínico hace sonar su siringa en la fronda del bosque. Aquí Meleagro, sobre su caballo de hermosa planta, escucha pensativo y como ausente los consejos de sus cortesanos; sueña tal vez con sus antiguas expediciones de guerra y aventura, cuando esgrimiendo su invencible venablo arrebató la gloria del Vello de Oro. Aquí Atalanta, la más bella cazadora de la Hélade, empuña la ligera lanza y anima con un grito a su caballo, que ya inicia el galope para adelantarse a todos.

¡Partir! Sea a la mítica cacería del monstruo vengativo, sea a la guerra distante, o a la ciudad soñada, o al prodigioso continente, ¡partir es siempre lo importante! Partir es soñar y anhelar, que vale tanto como vivir. Por eso la Victoria de Samotracia es tan inspirada y elocuente; porque no expresa el placer del triunfo en la actitud de llegar y gozar del reposo, sino en el ademán entusiasta de seguir partiendo para nuevas metas y empresas, para nuevas lejanías, con las alas tendidas en un ansia perpetua y juvenil de vuelo. ¡Partir siempre, hasta el último momento! Pero es que ese mismo momento último no debemos imaginarlo como una quietud y un descanso definitivos, sino como una partida, como el viaje más indecible hacia los más misteriosos horizontes.

"La invitación al viaje", titula Baudelaire una de sus poesías. Y exclama: "Pequeña mía, hermana mía, soñemos con la dulzura de ir allá lejos, a vivir juntos los dos..." Y el gran mago de las nostalgias viajeras se complace en dibujar todas las venturas que aguardan al alma soñadora en el país imaginario de allá lejos: "Todo allí es orden y belleza, lujo, calma y voluptuosidad." Pero de pronto su verso se hace anhelante y furioso, y prorrumpe:

Emporte-moi, wagon! enlève-moi, frégate!  
Loin! loin! ici la bone est faite avec nos pleurs!

¡Cuántas veces he repetido estos versos! Sí, hay veces en que una angustia insufrible nos ahoga hasta la desesperación. Es cuando vemos que los hombres se lanzan a cometer desatinos con la inconsciencia del bruto o la perfidia del malvado; cuando vemos que el bruto y el malvado se apoderan del poder, y que toda esperanza de justicia y de razón desaparece; cuando asistimos al triunfo de los peores, a la victoria de los bajos y desafortunados. Entonces, en efecto, parece que caminamos sobre el lodo, un lodo hecho con nuestras propias lágrimas. Y quisiéramos entonces partir, ¡lejos!, ¡lejos!, no sabemos adónde. En la quimérica fragata o en el vagón vertiginoso que nos apartasen de la vergüenza y el dolor circundantes.

Por su parte, Goethe ha sabido expresar la ilusión de partir sin ningún acicate de horror y de tristeza; el anhelo ideal de partir, por sólo el entusiasmo de desvelar horizontes y descubrir países que se presienten en el fondo más secreto de la fantasía. Tal ese canto, ese poético suspiro de Mignon. "¿Conoces tú el país de los naranjos en flor? Entre el obscuro follaje brilla el fruto de oro. Allí el altivo laurel y el suave mirto son acariciados por la dulce brisa bajo el cielo azul. ¿Sabes tú dónde es...? Allí..."





*Y nuestro Espronceda, por último, el que ha descrito en la "Canción del Pirata" de tan hermosa manera el júbilo y el arretrato de navegar, acierta en una quintilla a exponer toda la profunda sugestión de la aventura viajera, cuando a la mirada del estupefacto navegante de pronto aparece*

*Distante un bosque sombrío,  
el sol cayendo en la mar,  
en la playa un aduar,  
y a lo lejos un navío  
viento en popa navegar...*

*El hombre ha representado en mil distintas formas la ilusión de partir, el anhelo de marchar. Podría decirse que el arte ha nacido de ese deseo de transcribir la acción de la carrera, de la velocidad. En la cueva de Altamira, hombres y bestias se mueven poseídos por el frenesí de correr, de perseguirse, de adelantarse. Lo más bello en los frisos del Partenón es el trote y el corcoveo de los caballos que parten para una carrera imaginaria. ¿Pero qué significa el galope de un caballo para este delirio de velocidad que excita y consume el alma del hombre moderno? Cuando el hombre consiguió dominar y regir al caballo, verdaderamente se creyó entonces el rey de la creación. Ya podía superar en la carrera a todos los animales; ya se le abrían las llanuras y los desiertos, ya podía franquear las solitarias extensiones, invadir los continentes, traficar y guerrear voluntariamente. El ansia de velocidad, principal motor de la civilización, encontraba, por fin, el adecuado instrumento. Y de este entusiasmo hípico ha nacido a través de los tiempos la inspirada representación del caballo en innumerables formas de arte.*

*¿Es del caballo la veloz carrera  
tendido en el escape volador...?*

*Pero Espronceda no conocía los modernos agentes de velocidad, y apenas si tenía vagas referencias de los primeros y rudimentarios ensayos del ferrocarril. Hoy los niños más pequeños saben que existen monstruos mecánicos poseídos de la virtud de una prodigiosa rapidez. Monstruos que vuelan más allá de las nubes con una celeridad que ni las aves caudales superan; monstruos que se sumergen en los océanos e inquietan el misterio de las medrosas profundidades. Y esos otros monstruos prodigiosos, los automóviles de marcha delirante, infatigablemente empujados a una mayor rapidez, como si el ansia insaciable del espíritu moderno hubiera encontrado en ellos su fiebre y su ideal de superación.*

*No es otra cosa que el destino incoercible que nos manda perseguir siempre, cada vez más lejos, una meta nunca bastante lograda. Transcendente y fecunda inconformidad de la imaginación humana. Eterna ansia de desflorar lejanos horizontes y asombrosas verdades. Anhelo de marchar, frenesí de correr, sueño de viajes y aventuras. ¡Ilusión de partir...! Suprema belleza.*

INSPIRADO POR EL CUADRO "LA CAZA DE MELEAGRO", DE POUSSIN

JOSE M.<sup>a</sup> SALAVERRIA



# ilusión de siempre



"EL DESPOSORIO", DE LORENZO LOTTO. (FOTOS V. MURO)



## la ilusión de la novia

No cabía en sí de contento;  
su madre viuda, hace un momento  
la ha tenido que amonestar.  
Bulle, inquieta... No puede parar  
en la quietud de su aposento.

Desde la aurora está vestida:  
fino el óvalo de la cara,  
grandes ojos, boca medida;  
sobre la frente clara,  
la crencha partida  
y el caracol que se dispara  
en algún rizo en huida.  
No llevó Amor al pie del ara  
novia más franca y decidida.

— Micer Marsilio las espera;  
ya está en la Iglesia. — Un paje de el  
trajo el aviso. Hay un tropel  
de gente en la acera;  
cuando la novia sale fuera  
toma el aire color de miel.

Llegan al Templo. Al fulgor pio  
de las lámparas indecisas,  
por parejas, con señorío  
procesional, sin vanas prisas,  
bajo los arcos y cornisas,  
va pasando el cortejo, ría  
de encajes, plumas, quiños, risas...



## II

Toca a su fin el casamiento.  
Ahora, a su lado, era el momento  
de mostrarse brava y pomposa  
y ahora cae, pálida, la rosa  
de su cabeza. El Sacramento  
la vuelve tímida y medrosa.

Tendió al galán, espuma y cera,  
su blanca mano fina y fría,  
y la tendió de tal manera  
que se está viendo que caería  
si el hombre no la retuviera.

Todo su ardor, sus gestos vivos  
de novia franca y decidida  
son ya compostura y medida  
en los ojos meditativos  
donde cuaja toda su vida.

Por el rostro se le diluye  
la íntima luz del corazón;  
pero hay el gesto del que huye  
en su actitud de sumisión.

Quiere tanto, que ahora no sabe  
si es de este mundo lo que quiere...  
Ya en la playa, está oyendo un suave  
sollozar de espuma que muere.

La que, impaciente, aguzó bella  
para este triunfo del amor  
tódos sus brillos de doncella  
—cinta de perlas, dije en ella,  
volantes de albura de flor—,  
ahora se oculta en el rubor  
como en una nube una estrella.

Micer Marsilio esperó en vano  
que hable o ría su boca muda.  
Como es hombre, es un poco vano;  
va a pasarle el anillo y duda...



## III

A espaldas de él y a espaldas de ella,  
se hace, entonces, un resplandor;  
pone al galán y a la doncella  
su simbólico yugo el Amor.

“—Micer Marsilio, Dios le ha dado  
“buena mano para escoger;  
“mujer pudorosa, mujer  
“que estará, mientras viva, a su lado.

“Dien puede al Cielo bendecir;  
“del rubor de la doncellez  
“tejen las Parcas, al morir,  
“la mortaja de la honradez.

“Si la novia se ha puesto grave,  
“si en el “sí” la oyó apenas, yo puedo  
“repetírselo a gritos... ¡acabe  
“de ponerle el anillo en el dedo! —”

## IV

Como es hombre ha saboreado  
otras mieles de amor fugaz  
y se dice Marsilio: —El rapaz  
“da muestras de estar enterada.

“Todo el sol saltarán de una viña  
“cuaja en el vino y se reposa;  
“la ilusión de la novia niña  
“se remansa en la grave esposa.

“Cuanto más arde, más avara  
“de su fuego, en la hembra sumisa,  
“la llama de amor, ayer clara. —

Y la intención de una sonrisa  
le ilumina, a Marsilio, la cara.

E. MARQUINA.





# ilusión de tiempo



la ilusión de que alguien apague nuestra sed

AUNQUE la aparente vulgaridad del encuentro de Eliezer con Rebeca junto a la cisterna autorice la suposición de que ha sido fortuito o casual, el texto bíblico que hace fe concede a aquel poético episodio de las costumbres hebreas un sentido trascendente. El siervo de Abraham no es un simple peatón que cruza un predio al azar de sus pasos y se detiene allí porque ha visto unas mujeres que han ido a hacer su diaria provisión de agua para usos domésticos; es el mensajero de designios providenciales que atañen al pueblo de Israel y van a influir en su destino.

El anciano patriarca, que acaba de perder en Sara a la compañera fidelísima de goces y penas, ha aceptado aquella desgracia con la resignación del que sabe que todos los seres van irrevocablemente de la cuna al sepulcro, porque el Señor ha dispuesto que la creación se renueve. Todo lo que existe está sujeto a esa ley, menos la materia inerte. Abraham se consuela con el recuerdo de las virtudes de su mujer; pero hay alguien a su lado roído de una honda y muda tristeza: su hijo Isaac. ¿Qué se podría hacer para mitigar la pasión de ánimo que deja en toda criatura humana la ausencia eterna de su madre? Isaac, desde que se quedó huérfano de aquel cariño, anda mohino y ensimismado, como si la tierra careciese de encantos para él. Y aquel retraimiento melancólico pone a su padre en cuidado. ¿Cómo sacarle de él?

Abraham, que posee una madura experiencia, no puede ignorar que el dolor en la juventud, sea cualquiera su origen, cesa en cuanto encuentra el amor en su camino, porque Dios ha querido que la caricia sea el antídoto del pesar y la risa la medicina de la hipocondría. Para devolver a Isaac la alegría, lo mejor será, pues, buscarle una esposa, y que una vez elegida entre las mujeres de su raza, la pareja construya un hogar sobre el cual, si la virtud reina en su intimidad, vierta el Señor, con sus bendiciones, la simiente de una prole. Pero esa elección no es fácil. El cálculo no responde de su acierto. Hay que pedir al cielo que guíe la voluntad amorosa del hombre para evitarle un grave error. Entonces Abraham llama a su siervo Eliezer y le habla en estos o parecidos términos: "Toma tu zurrón y tu cayado, recoge los camellos en el establo y parte en la dirección de Mesopotamia, residencia de Nacor. Preséntate a él, en mi nombre, y pídele la mano de su hija Rebeca para Isaac."

El siervo oyó el mandato, y como era obediente, se dispuso a cumplirlo, reservándose implorar en ruta el auxilio divino para no desviarse y salir airoso de su misión. Echó a andar muy temprano, y sus pies, acostumbrados a la fatiga, cubrieron muchas leguas, que ofrecieron a sus ojos el vario espectáculo de los huertos y los eriales de la comarca. Empezaba el sol a traspasar la línea del horizonte para derramar sus claridades generosas sobre el otro hemisferio, cuando Eliezer entrevió el pueblo de Nacor, que era el señalado por el patriarca para satisfacer el proyecto nupcial que debía calmar la silenciosa cuita de Isaac, y en aquel punto de la jornada detúvose el siervo para orar: "Señor, Dios de mi señor Abraham: dame hoy un buen encuentro y muéstrate misericordioso con mi amo. Mis medios de acierto son pobres y fallarán si tu bondad no me acompaña. Que la mujer a quien yo pida que baje su cántaro de la cabeza y me dé de beber y haga lo mismo con mis camellos, venga a ser la elegida por Ti para el hijo de Abraham, que es también tu siervo". Con esas palabras, torpe paráfrasis nuestra de las que nos ha transmitido el Génesis, imploró Eliezer la ayuda celeste, que



nosotros solemos demandar más pulidamente, porque el hombre y la mujer de nuestra civilización, al perder el perfume de la fe primitiva, suplen aquel divino elemento espiritual con una fraseología menos ingenua. Pero la voluntad providencial, que no se muestra esquivada cuando es invocada con fervor, facilitó la misión de Eliezer, poniendo ante sus ojos un grupo de mozas que conversaban en torno de una cisterna, mientras les llegaba el turno de llenar sus cántaros. Eran horas de la tarde, y el firmamento, de un azul purísimo, se manchaba a lo lejos de los arreboles que suele dejar el sol en pos de sí, cuando la sonochada se anuncia con vientos. Al ver a Eliezer, seguido de sus camellos, las mozas del lugar, que no le conocían, quedáronse turbadas, y el siervo de Abraham, que era inocente y limpio de pensamiento, las contempló con igual cándida extrañeza. ¿Presentía, en su confusión, que la voluntad celeste iba a revelarse? Tal vez. De pronto vió que una de las doncellas se desprendía del grupo, y adelantándose hacia el atónito pastor, le dijo, ya con el cántaro a la altura de los secos labios del viandante:

—Si quieres apagar la sed, bebe, y que tus camellos sacien la suya también, pues yo echaré de nuevo el cántaro en el pozo...

—Y tú, doncella, que tan presto me ofreces ocasión de apagar la sed, ¿quién eres...?

—Soy hija de Batuel, hijo de Milca, que parió a Nacor. Ven conmigo si estás cansado, pues también hay en mi casa paja y mucho forraje y lugar para posar...

Y para que la veracidad de sus palabras resplandeciese, Rebeca le mostró un pendiente de medio siclo de oro de peso, y dos brazaletes que pesaban diez.

Labán, hermano de Rebeca, acogió bien a Eliezer, dispuso que sus criados le lavasen los pies y le dió forraje para los camellos. El siervo de Abraham, que era prudente, no quiso aceptar aquellos obsequios antes de haber expuesto la misión que llevaba de su señor. No era deserto el siervo del patriarca israelita, como suelen ser los criados de nuestras comedias, y en breves frases refirió a la familia de Rebeca las vicisitudes de la jornada, señalando, con singular acento, el encuentro habido con la moza junto a la cisterna, y la diligencia con que ella le había ofrecido aplacar la sed.

—Del Señor ha salido esto—dijeron a una Batuel y Labán, visto lo cual hospedaron al mensajero bajo su techo familiar.

Entonces Eliezer, para corresponder a aquella hospitalidad, y en señal de elección de la novia para el hijo de su señor, dió a Rebeca vestidos de precio y alhajas, que venían a ser ya como un anticipo del compromiso matrimonial. Al día siguiente, y antes de que partieran juntos Eliezer y Rebeca para las tierras de Abraham, el padre y el hermano de la moza la despidieron con esta noble alocución:

—De nuestra casta eres, hija de Batuel y hermana de Labán. El Señor haga que crezcas y te reproduzcas, de modo que tu descendencia, compuesta de millares de millares, pase las puertas de las moradas de tus enemigos...

Recibida la bendición tradicional de su padre, Rebeca y Eliezer se pusieron en marcha hacia los dominios de Abraham, como estaba determinado por la voluntad de Dios, y como la moza reparase en los suburbios del pueblo de su prometido que éste vagaba triste y cabizbajo, como si todavía estuviese bajo la pesadumbre de sus recuerdos, se apeó del caballo y preguntó a Eliezer quién era aquel taciturno mancebo.

—Este es mi señor—repuso el siervo.

Oída la respuesta, la moza tomó su velo y se cubrió el rostro, como prueba de sumisión. Isaac introdujo a Rebeca en el aposento que había sido de Sara y la tomó por su mujer, lo cual bastó, según había previsto Abraham, para que el mozo se consolase en el seno de un nuevo amor. Pero Rebeca era estéril y fué menester que Isaac implorase la intercesión divina para que concibiese, y de un solo parto tuvo dos mellizos, llamados Esau y Jacob.

Véase cómo, por designio providencial, una mujer que espontáneamente brindó el agua fresca de su cántaro a un pobre viandante para que apagara la sed fué recompensada largamente, llegando a adquirir una religiosa celebridad que algunos santos padres han comentado con alabanzas. Es probable, sin embargo, que en el texto que hemos tenido a la vista e interpretado libremente, la leyenda y la historia anden trabadas de las manos, como todas las noticias e informaciones que nos vienen de remotos tiempos, en los cuales la imaginación enmendaba las insuficiencias de la memoria. Es, de todos modos, imposible internarse en esas lejanías, sin conceder previamente a los hechos que nos revelan una significación poética fértil en simbolismos que la Iglesia ha sabido adaptar, con saludable habilidad, a las exigencias del sentimiento religioso. Pero, por si algún escrúpulo pudiera haber cohibido nuestra libertad de interpretación de textos pocos claros, que truncan a veces el curso de la historia, introduciendo lo mitológico en lo verosímil, viene en nuestra ayuda nada menos que San Agustín, con estas sagaces reservas verbales: "Non est mendacium; sed misterium". "No es mentira, sino misterio". Pero como el misterio es el dominio propio de la divinidad, que el favor celeste nos permite ir descubriendo poco a poco, día llegará en el que el hombre se habrá acercado tanto a Dios, que ya no habrá secretos para él. La ciencia de los santos no es sino su privilegio de penetrar en esa excelsa región, inhabitable para los espíritus que no han alcanzado todavía los grados de pureza indispensables a la aclimatación en lo misterioso.

INSPIRADO POR EL CUADRO, DE MURILLO, "REBECA DA DE BEBER A ELIEZER". (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)

MANUEL BUENO





# vida nueva



(FOTOS V. MURO)

## los que se divierten... ¿requieren divirtiéndose?



ME detuve algún tiempo delante del cuadro, de Brueghel, "Baile campestre", como un mirón cualquiera de los que hay en él.

Alguna vez he hablado de lo que me fastidian los personajes de los retratos, con su eterna inmovilidad en las posturas menos indicadas para obstinarse en ellas. Hace mucho tiempo me regalaron un lienzo que se titulaba "Marinero borracho". Los competentes decían que estaba muy bien. Su cara rugosa tenía colores rojos y cárdenos. Dentro de la nariz se presentía el zumo de muchas cosechas. Un mechón de cabelllos le tapaba un ojo. Aquel hombre aparecía pesadamente apoyado sobre una mesa. En la mano derecha sostenía un vaso a medio llenar; en la izquierda, una pipa de barro cocido; en la boca, una sonrisa embrutecida. Así lo estuve viendo un mes y otro mes, un año y otro año. Cuando yo estaba triste, él estaba borracho. Cuando yo estaba alegre, él estaba borracho. Si me ocurría una desgracia o si me acariciaba una ventura, él estaba siempre borracho. Un día pensaba yo en cualquier cosa menos en el vino. Levanté los ojos y le vi. Juraría que, al sentirse observado, acentuó el extravío de sus pupilas y aumentó—vaya usted a saber cómo—los arreboles de su nariz. No me contuve. Me levanté, di unos pasos, me paré tan cerca, que casi se tocaban nuestros rostros y hundí las manos en los bolsillos, que es un recurso bastante bueno para contener la cólera.

—¡Oiga, amigo!—gruñí—. Ni usted es un marinero, ni es un borracho, ni es nada. Ni fuma, ni bebe, ni navega, y no me explico qué se propone al estar ahí diez años seguidos con esa cara de imbécil que ya me tiene loco, oyendo todo lo que digo y mirando todo lo que hago. Si hubiese en usted un nervio sano, tan sólo un nervio sano, hace muchos siglos que no podría usted soportar el cosquilleo de esos pelos sobre su ojo derecho. Estoy harto de ver su vaso, que no sube ni baja; su pipa, que no se apaga; su sonrisa, que no se extingue; su nariz, que no palidece. ¡Largo!

Le indiqué la puerta. No se movió.

—¡Largo, he dicho!

Continué allí, presumiendo de obra de arte. Cogí un candelabro de bronce y le abrí la cabeza desde el gorro de lana hasta los hombros.

Pasado aquel incidente con el "marinero borracho", yo no ha-

bía vuelto a tener cuestión alguna con los personajes de las obras pictóricas. Pero quiso la casualidad que me encontrase ante la de Brueghel; vi allí mucha gente reunida, cierto aire de bulla y de contento, y me entró esa curiosidad del transeunte ocioso.

Si ustedes se fijan en el grabado distinguirán en los primeros términos a un sujeto que viene corriendo con dos cántaros en las manos, en busca de vino.

—¡Pits! ¡Pits!—hice yo.

Nada.

—¡Pits! ¡Pits...! ¡Marcelino!

El joven que va por vino me miró y se detuvo.

—¿Qué pasa ahí?—pregunté.

—¿Y qué quiere usted que pase?—contestó, siempre con una pierna en el aire—. Que nos estamos divirtiéndolo desde hace muchísimos años. Esta es una fiesta campestre.

—Ya.

—Basta verla.

—Es cierto. ¿Están contentos?

—Suficientemente contentos. Sobre todo, las damas que están sentadas y ese señor que no se apea del caballo. ¿Quiere usted algo más? Me han mandado traer vino en una fecha remotísima, y temo que no llegaré a tiempo.

—Charlar un poco es todo lo que quiero. Me encanta conocer esta reunión de buenas gentes y enterarme de cómo se divierten mis semejantes en la época en que creían necesario llevar una gola alrededor del cuello. No dudo de que ustedes lo están pasando muy bien; pero se me ocurre que, viendo en los museos públicos y en los particulares los cuadros en los que se ha pretendido fijar las diversiones humanas, se llega a descubrir que todas son profundamente tediosas y que no se encontró aún una manera eficaz de divertirse. Mi "Marinero borracho" es el único que me parece, si lo pienso un poco, verdaderamente sincero. El hombre se refugia en el alcohol como único medio que encuentra para iluminar la vida con otros colores.

—Nosotros tenemos una alegría sencilla—opinó Marcelino.

—Sí. Los bailes campestres son la primera y menos complicada expresión de la alegría colectiva. Estoy dispuesto a creer que se distraían bastante. Ahora resultarían insufribles. Necesitamos locales de ciertas condiciones, humo, licores que exciten. Y tampoco nos divertimos. He leído en Malinowsky la descripción de un baile popular en una aldea de cierta isla del archipiélago de Frobiand. Lo allí ocurre me ha parecido tan interesante, que la-



mento que no sea imitado en nuestra buena sociedad, aunque no tengo ninguna esperanza de ello. Es posible que antes acertase la gente a divertirse mejor, porque colocaban menos complicaciones entre su necesidad de divertirse y la diversión.

—¿Necesidad...?—receló Marcelino.

—Sin duda. La diversión es el principal elemento de la salud. La diversión y el sueño alimentan la célula nerviosa. Un hombre que no se haya divertido nunca resultará un ser monstruoso, con señales exteriores de su mal, como el que no haya estado nunca al sol o el que se haya privado sistemáticamente de alguno de los principios necesarios para nuestra economía. Se está más fuerte después de haberse divertido. Claro que yo no hablo del placer extenuante que ciertos espíritus buscan en la disolución, sino de los placeres legítimos. Por desgracia, el arte de divertirse está en decadencia, y la humanidad se aleja más cada año de las fuentes de la alegría. Un concepto rígido, envarillado, brutal de los deberes lo amarga todo. El odio separa en nuestro tiempo a los pueblos, a las clases y a los individuos. Se busca, no el suave vino de la alegría, sino el fuerte cóctel del placer que nos lleva a la úlcera del estómago. Se baila por obligación, por deber social, y los deportes ya no son juegos, sino espectáculos. El mundo está sombrío. La carcajada, proscrita. No se habla más que del trabajo. Los que no lo tienen ensordecen el ámbito con los sollozos con que lo piden. Los que trabajan exigen que el rentista se someta a la misma maldición. El rentista, con los ojos dilatados por el sobresalto, monta la guardia ante sus riquezas en peligro. Y todos tenemos el suspiro pronto y

el ceño apretado. Y algo así como el recelo de que se vaya a desmoronar en nuestros días el edificio de la civilización. En el campo se habla mal de las ciudades, y en las ciudades se sospecha de las intenciones del campo. Pero no con la pugna de siempre, sino con el amargor de todos los rencores. Hay que inyectar alegría en la sociedad de hoy. Algunos Estados lo comprenden ya así. En Alemania, por ejemplo, se preocupan de ello. Se ha constituido, fomentada desde el Gobierno y con recursos oficiales, una Asociación que se titula "Por la alegría de los trabajadores". Y organiza excursiones, bailes, meriendas, conciertos... Saben que la alegría es un principio vital.

—Bueno—exclamó Marcelino—; algo de verdad debe de haber en eso, porque desde que estoy aquí nunca me he aburrido tanto como oyendo su discurso.

—Somos hombres de diferente siglo.

—Sin duda.

—Me da envidia ese inocente júbilo de su fiesta.

—Pues pase usted.

—No puedo. No traigo gola.

—Es verdad.

—En fin..., que se diviertan mucho, Marcelino.

Y lo dejé con una pierna en el aire.

W. FERNANDEZ FLOREZ

(INSPIRADO POR EL CUADRO DE BRUEGHEL "BAILE CAMPESTRE")





# vida nueva

## los que trabajan... ¿dejarán de trabajar?

UNA interrogación se abre como encabezamiento de la copia del famoso cuadro, en que el genial Don Diego de Velázquez acertó a reproducir un aspecto de la Fábrica de tapices establecida en Madrid bajo la advocación de Santa Isabel, la milagrosa landgravina de Turin-gia. El cuadro, porque así lo quiso el pueblo, fué y continúa siendo llamado "Las Hilanderas".

Este lienzo, pintado en el último decenio de la existencia del maestro, marca la cumbre del tercero y último estilo en que fulguró de manera personalísima la inspiración del gran Don Diego, ya entonces caballero del hábito de Santiago y Aposentador mayor del Rey Filipo IV.

En esa nueva manera, inventada por el artista, sus retratos no son cuadros, sino verdaderas personas que existen y respiran; las escenas que representan no son pinturas, sino vivas evocaciones de los sucesos que pasaron ante sus ojos, buscadores con ingenuidad heroica de la verdad y amadores idolátricos de la verdad misma.

Así lo afirma rotundamente Don Pedro de Madrazo, con todo el prestigio de su autoridad.

El caballero pintor ha entrado en la fábrica de tapices, ha sorprendido en plena faena a cinco laboriosas mujeres, anónimas preparadoras de los hilos que serán urdidumbre y realce del artístico tejido.

La figura principal, indudablemente la de la maestra del taller, es, en realidad, la única que en aquel instante merece el nombre de hilandera. Su diestra mano cuida del torno y en la siniestra sujeta la erguida rueca, empelucada con blanco copo. La maestra contesta afablemente a la consulta formulada por la muchacha que pregunta acerca del lugar en que ha de depositar su carga. El rostro de la interrogada expresa benevolente satisfacción: satisfacción de superior que sabe, puede y quiere resolver dudas de compañeros y subordinados.

No hay hosquedad ni dureza en los semblantes; el de la transportista revela curiosidad respetuosa; el de la hilandera muestra condescendencia familiar.



sabotaje en la actividad de las fábricas. Y ello había sido bastante para colocar a Rusia a la zaga de los países civilizados, en irremediable retraso, sin haber rendido una sola aportación al progreso universal.

En el organismo de las colectividades nacionales, como en el organismo humano, la suspensión de actividades vitales es signo patológico funestamente interpretable.

Carmen, Manuela, Cayetana, Isabel y María Josefa, las hilanderas de Velázquez, acaso hubieran podido renunciar al trabajo a costa de algún sacrificio: menos substancia en el puchero, más patatas y menos carne en el estofado. Su labor era una ayuda para el gasto de la casa, pero no la base del sostenimiento del hogar. Además ellas se aproximaban mucho, en sus aspiraciones, al ideal franciscano: "Yo soy feliz porque quiero poco, y lo poco que quiero lo quiero poco".

Hoy las circunstancias han mudado de manera extraordinaria la psicología y hasta la fisiología de los nietos y nietas de aquellas obreras. Hoy no piensan en lo que tienen, sino en lo que les falta; el afán en la procura de medios para satisfacer goces y apetitos, obliga y obligará al trabajo; no por gusto, pero por ley de la necesidad.

Y como de día en día la grey humana se obstina y se complace en la creación de nuevas necesidades, irremisiblemente tendrá que proseguir inclinándose sobre el surco y aceptando la servidumbre del trabajo, que es dura por ser servidumbre, pero que es también camino de redención y manantial de íntimo consuelo.

Por eso, principalmente por eso, los que trabajamos continuaremos trabajando.

"Et nunc et semper".

INSPIRADO POR EL CUADRO "LAS HILANDERAS", DE VELÁZQUEZ. (REPRODUCCIÓN POR EL PROF. EUG. NORMAN)

R. DE CORDOBA

La fisonomía de la devanadora de madejas no resulta visible, pero toda su actitud corporal, de igual modo que la de su inmediata compañera, la embanastadora de ovillos, dicen a las claras que sus potencias y sentidos están por completo al servicio de la tarea en ejecución, torea en la cual vale tanto como la diligencia la atención paciente y perseverante.

Menos expresiva, la mujer ya madura que ocupa el centro del grupo, acaso refleja el interés hacia la fábrica, el deseo de evitar pérdidas, el estimable afán de impedir que se desperdicie lo aprovechable; por ello se inclina a recoger del suelo los albos copos escapados a la hilandera.

De la paz que reina en el taller certifica la tranquilidad del gato refugiado a los pies de la maestra.

Las obreras saben que el gallardo y elegante Don Diego—gallardo y elegante, a pesar de los cincuenta inviernos que han puesto hebras de plata en su airada melena,—está allí presente, retratándolas de mano; y saben que el caballero pintor se enojaría muchísimo si ellas perdiesen la naturalidad acostumbrada, acicalándose o intentando mudar el ritmo del trabajo cotidiano.

Por eso el cuadro tiene fuerza de viva evocación, de realismo inconfundible.

Por eso las cinco mujeres que trabajan continúan trabajando.

Lo que ellas no saben ni pueden saber es que alcanzarán la inmortalidad como trabajadoras. Por obra y gracia de los magos pinceles de Don Diego de Velázquez.

Toda la vida mundial de hoy puede referirse a la hilandería velazqueña.

Trabajan muchos obreros, aunque otros muchos permanezcan inactivos en paro forzoso involuntario.

¿Qué actitud adoptarán unos y otros en un futuro inmediato?

Vientos de rebeldía han acabado con aquella envidiable relación familiar existente entre los patronos y los artesanos que antaño se congregaban en gremios y hermandades.

Si el gran Don Diego pudiese copiar hoy aspectos de modernas fábricas, sorprendería rostros indiferentes, rostros de displicencia y de protesta, y también rostros de atención, de amor a la tarea, de gente humilde que se afana por el cumplimiento del deber.

Los verdaderos trabajadores, los que quieren trabajar, continuarán trabajando.

Los que han envenenado los talleres con sectarismos políticos, los sembradores de odio y de rencor, esos seguirán laborando con desgana y azuzando a los parados a emprender revoluciones a sangre y fuego.

Pero el trabajo no cesará nunca mientras existan hombres conscientes y aptos para ganarse el pan con su personal esfuerzo.

Y aun en aquellos países sometidos a la crueldad opresora de la dictadura roja, en los "paraísos" de las repúblicas soviéticas, se ha visto y demostrado la imposibilidad de la cesación en el trabajo, so pena de la muerte por hambre. Y se ha visto y se está viendo mucho más: la restauración de los sistemas de obras por contrata y a destajo; la fijación de jornales con arreglo a una escala de producción mínima, media y máxima, y, en fin, la imposición de tarea con carácter obligatorio, equivalente a los trabajos forzados. Paralelamente a esas negaciones de los principios marxistas se han efectuado otras rectificaciones fundamentales, como el restablecimiento de categorías en las industrias, reconociendo la indiscutible preeminencia del técnico sobre el peón y del especialista bien preparado sobre el campesino analfabeto. Pero las rectificaciones soviéticas, aun efectuadas apresuradamente, llegaron después de una casi paralización del trabajo rural y de una temporada de abandono y

## Ayuntamiento de Madrid





# vida nueva



¡Perd capote  
de dejar de beber  
el buen bebedor!

Si hay que contestar resuélvanos, como premisa, otra res-  
puesta: ¿Para qué bebe? O yendo al fondo, a la cuestión  
principal del cuestionario: ¿Qué es beber?  
Beber es una filosofía. Nadie bebe porque sí, por tragar líqui-  
do hasta ahitarse, deglutir el chorrillo que gloguea en la glotis. To-  
dos beben por algo, es decir, beber es una actitud ante la vida.  
Y esos algo son sólo dos cosas, contrarias ambas, por la eterna  
más. Se bebe por sólo dos cosas, contrarias ambas, por la eterna  
antítesis que constituye "nuestro penoso destino, nuestra prolonga-  
da tragedia", y nos convierte en "una máquina de preferir" (Orte-  
ga y Gasset).  
Gusto: actitud dionisiaca, excitación previa buscada en el zumo,  
servidumbre a la parte animal, que tiene sus exigencias contunden-  
tes. ¡Hay que celebrarlo!—modismo del habla universal. "¡Un vaso  
de bon vino como premio!"—pide nuestro Arcipreste, el divina-  
mente humano. En el siglo XV, Olivier Basselin entona su himno:

A boire!, à boire vite ment!  
Je veux tenir une gorge humide,  
De peur de mourir pauvrement,  
comme nos choux, sec et avide.

Sequedad de júbilo y avidez de danza. A los seiscientos años de edad, Noé se emborrachaba, y antes que él, en la Hélade me-  
dio bárbara, medio sublime, había procesiones pringadas de mosto para la exaltación de un dios que la buena sociedad con-  
sideraría indeseable. Se bebe por gusto, porque hay un sentido que irrita la sed, que sólo se calma con modorra, que mete en  
lo fisiológico un delirio, un grano de locura, la alegría lunática del vino, una realidad fuera de la realidad, un lanzarse fuera de  
sí mismo por obra del espíritu maléfico-benéfico que entra por la puerta del paladar. Gusto en busca de alegría, cuarta dimensión  
del alma, alegría en busca de un regreso a la naturaleza elemental del barro del hombre: morir en vino es renacer (sin concien-  
cia) para los placeres. Hacerse placer puro, como el mosquito.

"Agua no me satiface,  
sea clara, líquida y pura;  
pues aun con cuanto mormura,  
menos mal dice que hace.  
Nadie quiero en mi garlito,  
morir quiero en el mosquito  
dijo a la rana el mosquito  
desde una tinaja;  
mejor es morir en el vino  
que vivir en el agua."

Quevedo, hasta en lo vulgar, es teósofo de interpretaciones. Beber por gusto es morir en el garlito del gusto. Ahogar la razón y  
hacerse rosa de sensaciones. El cieno es de dulcísima suavidad.  
Disgusto: beber por disgusto o beber por miedo. "Et vinum laetificet cor hominis" (Que el vino alegre el corazón del hom-  
bre), escribe este renglón de sus poesías—salmos, David. Y en los Proverbios se lee: "Date et vinum his qui amaro sunt corde"  
(Dad también vino a los que sienten amargura en su corazón).  
¡Corazón amargo! Desconsolador enlace el de tales sustantivo y adjetivo. ¡Ay, amarga de mí!—se queja cuando está desespe-  
rada Melibea, la patética mujer de La Celestina. Amargura de corazón, dolorida dolencia sin remedio, terror de sentirse solo, de  
sentirse en manos de lo fatal irremediable; de sentirse, más que perdido, encontrado para el sufrimiento sin esperanza de que



cese. Entonces hay que cerrar los ojos a la luz, entrar en la ceguera del beber, como quien entra en la oscuridad y el beño. Entonces beber es embriagarse, o sea, llenarse de otra cosa para neutralizar la amarga amargura. Y esa otra cosa, ¿qué cosa es? ¿Es vino? No. El vino es el vehículo también ahora. En la borrachera para el placer del gusto era entradísimo, máscara de dentro en libertad. En la embriaguez (que no es borrachera: hay matices), el vino es talismán que convierte en sueño el sabor amargo del amargado corazón. Ensueño de ideal, sueño de heroísmo, descanso de paz, progreso del vino para alegrar el corazón amargo del hombre. "Esta es Mi sangre, bebe, dijo del vino para alegrar el corazón de la vida, sangre Mia". Y el vino se transforma para que gustes el sabor de la verdad de la vida, sangre Mia. Y el vino se transforma en flúido que enhechiza el ser y le cura la úlcera del amargor. Y el buen bebedor de ahora, ¿por qué bebe? Estamos en el filo de 1935-1936, cuando se rompe el sello de otra misión incógnita. El buen bebedor, trinca. ¿Qué le rodea?



Nunca como ahora tanta guerra civil. División, discordia en todo. No sabe ni siquiera si existe para sí, como le decían, o para número de un ente monstruoso: el Estado. No sabe si es verdad la verdad reconocida antes, ni si las verdades que le enseñaron son ya mentiras. Tampoco si son teorías que pretenden captarle. (Bebe.) Lucha con el análisis y la crítica implacabilísima, que todo lo desmenuza, que le marea, que le quita la tierra de debajo de los pies y le confunde todo su ideario. (Bebe.) Ve que hay que estar a un lado o a otro de la barricada, en lo religioso, en lo patriótico, en lo económico, en lo internacional, hasta en el familiar, y matarse con el enemigo de enfrente o morir a mano homicida. (El, bebe.) No es capaz de saber qué porvenir le aguarda, ni siquiera si mañana todo se lo llevará un terremoto: bienes, vida, fe, afectos... Por lo tanto, bebe. Bebe de miedo, claro, y busca lo imposible: dormir mientras todo se arrebata. Su ideal sería emborracharse el 1 de enero de 1936 y despertar ya todo mona" cuando una balsa estuviera como una balsa de aceite: los conceptos en su sitio, las cosas claras, terminadas las discusiones, en paz la guerra y todo en felicidad y abundancia. Como ese es su anhelo íntimo, el buen bebedor

no es capaz de dejar de beber. Sabe que, aunque se emborrache y duerma un siglo, al despertar no se habrá arreglado nada que cada vida es una milicia y vivir es guerrear, y que si no es esto, será lo otro. Pero él tiene esa vaga esperanza: dormir y que otros se cuiden del ritmo de la tarabilla del mundo.

Tratan otros del gobierno del mundo y sus Monarquías, mientras gobiernan mis días; mantequillas y pan tierno; y en las mañanas de invierno unos tragos de aguardiente... ¡y riase la gente!

Teoría del buen bebedor ésta de Baltasar del Alcázar. Más melancólica es la de la buena gente del pueblo, que en la pasada romería del Rocío cantaba a coro en los campos sevillanos este fandanguillo:

¡Déjame que beba vino, no me digas que no beba, que puede ser que algún día quiera beberlo y no pueda, porque me falte alegría!

Porque bebe por temor de la vida, cuya tensión supera

TOMÁS BORRAS

El buen bebedor no es capaz de dejar de beber. Hoy la resistencia de los tejidos y del temple del metal de su alma. INSPIRADO POR EL CUADRO "EL BEBEDOR", DE GOYA

¿Verdaderamente capaz de dejar de beber el buen bebedor?



trey trytey adaraqioy

¿requeremoj rodeadoj de tentacioney?



SAN Antonio está rezando en el desierto y vuelve los ojos a la gran confusión que ha venido a su cueva. Pero, ¿cómo? ¿No ha huído de la ciudad para escapar a los confusionismos y al torbellino de las incitaciones? San Antonio es un oriental, un egipcio. Ha nacido en Coma, junto a la Tebaida, se ha criado en el estudio y práctica de dos lenguas distintas: la vernácula y la helénica. Su Egipto es, en aquel momento de la historia del mundo, el hogar del pensamiento y de la alta cultura. Alejandría es el centro de todas las escuelas y de todos los problemas. Allí hay griegos y romanos, egipcios y judíos, blancos de Europa, negros de la Nubia y trigueños de la Arabia y de la Berbería. Allí se mezclan también en sus calles los sacerdotes de Isis y de Osiris, los de Zeus y Afrodita, Júpiter y Venus, y los rabinos de Israel con los sacerdotes que practican los ritos de la Siria y de Cartago. Plotino tiene fama de santo y hasta de divino entre los cultos y es pagano. Su filosofía es una religión. Verdad que la religión del Dios que muere y resucita gana rápidamente las almas, pero otros dioses que mueren también y resucitan, como Osiris, Dionisos, Adonis y Cibeles, disputan al Nazareno el reino de los corazones. Hasta de la Persia ha venido al Imperio de Roma un culto nuevo: el de aquel Mitra que al verter la sangre del toro produce la fecundidad de la tierra.

¿Cómo vivir en la ciudad, en medio de tantas confusiones? Es verdad que las poblaciones egipcias están llenas de capillas en donde se reúnen los cristianos bajo la enseña de la Cruz. Pero también los cristianos se encuentran divididos en sectas que se odian y combaten. El punto central de la disputa es nada menos que la naturaleza de Nuestro Señor Jesucristo. No se sabe si afirmar su divinidad, a expensas de su humanidad, o su humanidad a costa de su divinidad. Unos dicen que es Dios tan Dios, que no tiene en la cruz y en su paso por el mundo más que la apariencia de la humanidad, y otros aseguran que era Hombre tan Hombre, que sólo por ello pudo llegar a ser el perfecto modelo de los hombres. Pero entonces no se decían las cosas con esta claridad. Egipto era un país de metafísicos. Los más de los hombres educados habían pasado por la disciplina de alguna escuela filosófica y razonaban sus posiciones con argumentos que las masas populares no entendían, lo que no era obstáculo para que se apasionaran tanto, que todas las clases sociales tomaban parte en las disputas con el mismo interés. Cada obispo se levantaba contra el obispo vecino, cada distrito contra otro distrito. Tan violentas eran las pasiones, que los teatros paganos las parodiaban, y más de una vez fueron despedazadas en las grandes plazas, que eran el centro de todas las ciudades orientales, las estatuas de los Emperadores. Los sacerdotes de las distintas sectas componían canciones que contenían los dogmas de su credo y después los cantaban los marinos y los tejedores en sus quehaceres y los viajeros en sus caravanas. Alejandría, gran puerto de comercio, estuvo a punto de dejar de serlo, porque no se podía entrar en una tienda para cambiar dinero, para comprar vituallas o para adquirir tela sin que el tendero o el despachante preguntase sobre los seres engendrados o no engendrados, sobre la substancia divina y su carácter creado o increado o sobre si el hijo había sido hombre de carne y hueso o meramente un fantasma de apariencia material.

San Antonio reza en su cueva, de rodillas ante un crucifijo. Ha tenido que escapar a la confusión de las ciudades para depurar y salvar el espíritu. Ha vendido sus bienes, los ha repartido entre los pobres, ha llevado consigo lo estrictamente indispensable para no morir de hambre. Necesita estar solo. Tiene que pensar mucho. Ha de implorar el auxilio divino, en primer término, para conocer la verdad, pero, además, para encontrar los argumentos que logren refutar las herejías. ¿Estará a punto de vislumbrar la idea de que Nuestro Señor tiene que ser al mismo tiempo perfecto Dios y perfecto Hombre, porque sólo de esta manera será posible infundir al género humano una fuerza nueva, que le hará concebir poco a poco la esperanza en un orden social basado en la justicia y en la buena voluntad entre los hombres? San Antonio tiene noticia de que uno de esos días va a venir a verlo un joven alejandrino, recogido y educado por el Patriar-







ca de Alejandría, y que desde casi la infancia ha dado muestras de singular talento y de resuelta vocación eclesiástica. Ese joven se llama Atanasio. Ya ha venido una vez a la cueva de San Antonio y asombrado al eremita con la agudeza de sus preguntas y su gran piedad. Mucho se promete San Antonio de esta segunda entrevista. Acaso pueda responder a algunas de las preguntas que había dejado incontestadas. Indudablemente, la razón de esta algarabía que le ha entrado en la cueva debe ser la próxima visita de Atanasio. Son las viejas tentaciones de la ciudad que siguen al Santo en el desierto, con objeto de conturbar su espíritu y privar de claridad su razón.

Algunas de ellas han adoptado figuras conocidas de antiguo. Son sabandijas, monos, sapos, un cerdito, un pato: figurillas animales que se conducen como si tuvieran algo de humano; una con rostro mitad de perro, mitad de persona, pero vestida con ropas de hombre. San Antonio las mira sin asustarse demasiado de su presencia. Las conoce de antiguo, porque es egipcio y ha nacido y se ha criado entre representaciones de dioses o demonios, que tienen las unas cuerpo humano y cabeza de animal, como Tot, Anubis y Seket, y otras, al contrario, como las esfinges, cuerpo de bestia y cabeza de mujer. Se trata de malignas confusiones del cuerpo y el alma, de la materia y el espíritu. Con ellas se pretende demostrar que en este mundo andan siempre mezclado lo alto y lo bajo, el bien y el mal, la verdad y el error. San Antonio puede mirarles con relativa indiferencia. La más peligrosa y abismática de estas representaciones mixtas de animal y de persona era la Gran Esfinge. San Antonio la había contemplado muchas veces. Era, sin duda, lo que decía en griego la palabra esfinge: "el estrangulador" o la "estranguladora". Pero San Antonio había averiguado su sentido con mayor profundidad que los helenos y cada vez que las circunstancias le habían colocado frente a una mujer hermosa y tentadora, el pensamiento se le iba a la esfinge y a la estrangulación, porque ¡ay del hombre que ponga en la criatura aquel supremo amor que al Creador se debe! ¿Y qué mujer tentadora no aspira a que sea para ella aquella capacidad de amor infinito, que tienen los hombres que sinceramente se consagran a Dios? De entre todas las figurillas que rodean a San Antonio no hay más que una que pudiera preocupar seriamente al eremita: la de una cara oscura que le mira, medio escondida desde el primer término, con los ojos encendidos en odio y que tiene a sus pies un león. Esos ojos los ha visto siempre, día y noche, en acecho perenne. La cara toma diversas formas; los ojos odia-dores son los mismos. En el momento en que se descuide y caiga en el pecado, el león se arrojará sobre él. Son los ojos de un ser que no ha dormido nunca, a quien nadie ha visto nunca borracho o distraído. Son los ojos del Enemigo, que ha jurado perder a los hombres, porque no puede perdonarle que Dios haya tomado forma humana.

Tampoco preocupa gran cosa a San Antonio la figura que viene a ofrecerle bebidas y viandas en una extraña cabalgadura. Es una figura bonachona, que ríe jovialmente. Teniers no gusta de los diablos horrendos. Es flamenco. Las gentes de Amberes y Bruselas no han rehuído, sino muy pocas veces, la invitación a una buena comida. ¿Qué mal hay en ello? Pero San Antonio sabe más, mucho más. Ya está viejo, pero está fuerte y sabe

que debe en buena parte su fortaleza a su gran sobriedad. La vida del espíritu no se concilia bien con los excesos del comer y del beber. Las buenas viandas no traen al predicador el Espíritu Santo. Por ese lado no hay gran peligro de que caiga en pecado San Antonio. Aunque se le pueblen los espacios de su cueva de figuras diabólicas, no falta tampoco la de algún ángel que defienda al Santo contra ellas. El Santo tiene de otra parte larga experiencia de sobriedad y disciplina. Sabe muy bien lo que debe su espíritu a la ascética. Sin el constante ejercicio y centinela, el espíritu se echa a dormir. Y no es posible que la Cristiandad duerma cuando están en vela todos los poderes que desean destruirla. Se anuncia la hora de acabar con las desavenencias entre los fieles de la Iglesia. Hay que asentar las fórmulas precisas que recojan las verdades heredadas y las pongan a cubierto de nuevos ataques. Como se afila la hoz para la siega, así habrá que aguzar los espíritus para la hora decisiva de los Concilios magnos. San Antonio deja que se ria el regordete mozo que le quiere encender los apetitos carnales. No es por ahí por donde puede degradarse.

Más peligrosa es la pareja de jóvenes que ha entrado a visitarle. Es una joven hermosa, de apariencia pudorosa. El es un joven, como el propio Santo lo ha sido en otro tiempo, como en el fondo y a pesar de su barba sigue siéndolo. El secreto de todos los viejos, lo que no se atreven a confesar a nadie, es que siguen siendo jóvenes por dentro. San Antonio ha vivido en el yermo muchos años. Siente que le quedan de vida bastantes más aún. ¿Por qué no ha de gozar él del destino de esa pareja? ¿Por qué no ha de caminar con una buena moza al brazo? ¿Qué ha hecho él para que se le prohiban todos los goces de la vida? La serenidad de la joven es completa. No hay en ella ninguna de las turbadoras miradas de la esfinge. Está ahí, sin duda, para hacer la felicidad de un hombre. ¿Por qué ese hombre no ha de ser el mismo San Antonio? ¿Porque el Santo ha hecho voto de consagrarse a otro género de vida? ¿Y no ha podido equivocarse? El Santo mira lleno de perplejidad. Sus manos van a plegarse para el rego, pero aun no se decide. En este instante de duda le ha sorprendido la visión del pintor. Teniers es flamenco. El conde de Visart de Bollampré, que era alcalde de Brujas, ciudad también flamenca, en octubre de 1918, le dijo al firmante de este artículo (a los pocos días de entrar en la ciudad las tropas inglesas, que la libraron del yugo extranjero), en el famoso Belfry de la Lonja, en un salón decorado con pinturas azul y oro de los siglos XIV y XV, con el collar de Burgomaestre al pecho y rodeado de los Concelleres: "He tenido peculiar satisfacción al saber que un escritor español acompañaba a los ejércitos que han librado esta ciudad de Brujas de la dominación alemana, porque quiero decir a usted que los belgas debemos a España las dos cosas que más amamos en el mundo: nuestra santa religión católica y nuestra conexión con la civilización latina, que se habrían perdido sin la política de los Reyes de España y sin el heroísmo de sus soldados." Sólo que este sentido espiritual se mezcla entre los flamencos—por supuesto que también entre los demás hombres—con su entusiasmo por los placeres de la vida. Y esta mezcla es lo que da a la pintura religiosa de Teniers su especial saborete, donde se casan la ironía y la mística.

INSPIRADO POR EL CUADRO "LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO", DE TENIERS. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)

RAMIRO DE MAEZTU



trey trytey adadqioy

cuando menos se piensa...

el accidente



COMO une en el aprisco el soplo frío de vendaval en haz apretado a los re-centales, y cual junta el fragor de la tormenta en lo más espeso de los ramajes a los amedrentados pajarillos, así unió la miseria a los tres en acendrada compadrería.

Si, como dijo Marco Tulio, todas las amistades nacen de la semejanza de las costumbres, serán aquéllas tanto más sinceras cuanto éstas sean más depuradas. Y la pobreza es una gran depuradora. Lo supieron místicos y ascetas y

no lo ignoran quienes buscan en un tierno y cálido regazo reclinar su frente fatigada y experimentan un grato y confortador alivio a sus desventuras, estrechando la mano de un amigo fraterno, tan mísero y desventurado como él.

Trabajan los tres a jornal, en calidad de diestros albañiles, y se sentían tan unidos que les parecía que la ausencia de uno paralizaba a los otros, no ya la labor en las manos, sino la diástole en el corazón. Todos los días, antes de subir al andamio y de empuñar el oxidado palustre, miraban si faltaba alguno; pero todos eran puntuales. Allí estaba Manuel, con su talla juvenil espiada, su bozo sedoso, su calzón remendado por las asentaderas y por encima de la rodilla, luciendo el viejo chupe-tín de caladas hombreras. Allí, el señor Feliciano, el más viejo de todos, aunque sin llegar a la cincuentena, tocado con su montera castellana, el rostro mal rasurado o cubierto de vello hirsuto, despechugado y vigoroso siempre, como un recio astur montaraz y enérgico, bajo su mirada, siempre, sin embargo, blanda y piadosa. Por fin llegaba Pedro Antonio, más conciso de estatura, pero más prieto y vigoroso, con su musculatura de atleta. Cubriase su espaciosa frente con su cabellera espesa y desordenada e igual que Feliciano, su mirada era franca y noble. Para trabajar se despojaba de gran parte de su ropa, así soprase el cierzo. Criado en la montaña, se hallaba habituado a las heladas más intensas. Con placer hubiera trabajado desnudo, como el legendario Tubalcain.

Manuel, Feliciano y Pedro Antonio se estrechaban las manos con fuertes sacudidas, subían al andamio, y, ¡ea!, a trabajar, bajo las órdenes del alarife.

Llegada la hora del mediodía, juntos se sentaban sobre la tierra madre, maculada de cal y de escombros, para gustar el frugal condumio. El de Manuel y Feliciano, que vivían juntos en un viejo sótano polvoriento, en donde tenían que luchar, en ocasiones, con los roedores a brazo partido, solía reducirse a



un tomate o una cebolla aravaqueña, seguida de un trozo de tocino ahumado, de una patata o un trozo de cecina y de una ración de uvas o de un par de naranjas. Todo acompañado, ¡eso sí!, de un buen trago de vinillo de Yepes, dejado caer en tenue y agrosellado hilillo, de una vieja bota almanseña. En cuanto a Pedro Antonio, se regalaba con una no mezquina porción de amarillos garbanzos, con unas cuantas hebras de faldilla de vaca y algo de verdura. No bebía y acostumbraba a compartir con sus amigos, menos sobrios que él, su sabrosa olla familiar.

Porque Pedro Antonio tenía familia. El amor, más fuerte que la muerte, animae rationalis affectus, que dice Séneca, tenía que serlo en su temperamento sanguíneo, como el del montañés, más que la laceria. Se había casado con una gentil costurera del barrio de las Maravillas, y de su connubio tenía dos lindas rapazas de tres y cinco años, que eran su consuelo cuando se miraba en sus pupilas azules y enormes o acariciaba sus blondos aladares. Vivía en una buhardilla misérrima; pero bien soleada, y en cuya ventana Engracia mantenía fresca una hermosa maceta de geránios. Era bella su compañera, acaso demasiado para no despertar la codicia de los galanes; pero Engracia era honrada y firmísima de voluntad y Pedro Antonio se hallaba tan seguro de su fidelidad como de la suya propia. Lo único que ensombrecía el dichoso hogar era el temor a la falta de trabajo. Ello hubiera acarreado la extrema miseria y tal vez el quebranto de salud y la muerte de las niñas. Y, por eso, el albañil trabajaba siempre, con ardor, para tener contento al maestro, hombre adinerado, presuntuoso, presa de un exagerado narcisismo, especie de Mañara tosco y grosero, tan risueño y desprendido con las hembras como severo e implacable con sus servidores.

Alguna vez el montañés refería a sus amigos su venida a Madrid. Hijo de una viuda humilde campesina, que mal se sus-



tentaba con el producto de la leche de una robusta vaca y de un pequeño censo heredado, vió con tristeza que su hijo no se resignaba a la labor rural. Decidió éste venir a la Corte a ejercer un oficio por el cual sentía afición y que había practicado alguna vez en las próximas aldehuelas: el de albañil. En vano la progenitora quiso disuadirle de su aventura. "Mira—le amonestó—que la gente honrada no es ambiciosa y que no dura el pan con migas de ál. La codicia enferma las entrañas y mejor habrás de hallarte junto a mis haldas que al lado de los más lujosos arreos. Cuanto más que el oficio a que quieres entregarte es muy arriesgado, y cuando menos se piensa... llega el accidente, y ello, a más de tu muerte, sería, de juro, la mía."

Mas Pedro Antonio no se ablandó. "Mire usted, madre—la respondió—; el corazón va adonde quiere ir y es inútil querer contrariarlo. Verdad es que puedo morir de un accidente, pero si está de Dios que muera pronto, lo mismo puede ello sucederme al escamujear un olivo que al ceñir la frontalera al mulo, que al ir a marcear las ovejas, si recibo la puñalada del frío en un costado." Y así, más que el encendido amor de la progenitora recoleta, pudo la decisión del mancebo, que lió su hatillo y, unas veces un pie tras otro y algunas subido al carro de un trajinante, llegó a Madrid a pasar fatigas, a devorar con ansia la sopa del convento de la Merced o las sobras del rancho del cuartel de Guardias de Corps, a dormir en los desmontes de Atocha o del camino de Hortaleza y a cubrirse de harapos, hasta que pudo encontrar faena en las obras del señor Vicente. Y fué poco después cuando, sin reparar en riesgos, se casó con la Engracia, la cual había de ofrendarle el don inestimable de las dos preciosas rapazas.

Jueves, día de fiesta mayor, Pedro se halló de buen talante.

—¿Por qué—preguntó a Engracia—no vamos a merendar al Sotillo o a la Florida?

Vaciló la mujer hacendosa. El proyecto era demasiado atrevido. No la quedaban sino algunos reales de plata en el arcón. Dentro de algunos días había que pagar al tendero. Sus chapines estaban muy desgastados...

Insistió el albañil.

—¡Tenemos tan pocas ocasiones de solazarnos! Un día es un día. Trabajo no puede faltar.

Tras algunas vacilaciones, por la tarde la jira quedó definitivamente acordada. Se decidió ir a la Florida. Vistió Engracia a las niñas. Se ajustó su basquiña y sobre ella la airosa falda de volantes. Cifó su torso gentil con el jubón de bombasí y cubrió sus rubios cabellos con la mantilla de tafetán. Regalóse Pedro Antonio con su terno, ya muy usado, pero limpio, de paño azul de Nieva; cifóse la faja encarnada y sujetó la pelambre con una sedosa redcecilla. Todo estaba dispuesto para partir cuando a Engracia se le ocurrió hacer a su marido una extraña pregunta:

—Oye—le dijo—. ¿Por qué no buscas trabajo con otro maestro?

Miró Pedro Antonio con asombro a su oislo y en su semblante se dibujó un gesto de extrañeza.

—¿Qué motivo hay para ello?—preguntó a su vez—. ¿Tienes algún motivo de disgusto con el señor Vicente?

—No—respondió la mujer un tanto turbada—. Disgusto, ninguno; antipatía,

sí. Me es odioso sin saber por qué. No puedo mirarlo sin sentir un estremecimiento, como si nos amenazase por su culpa alguna desgracia.

—¡Bah!—dijo el albañil—. ¡Vamos andando y a olvidar penas!

No alquilaron un calesín. Eran pobres. Fueron andando hasta la Florida, que estaba repleta de una regocijada muchedumbre, que cantaba y bailaba. Pedro Antonio estaba contento. Aquel día era libre, libre de solazarse con sus seres queridos. Resplandecía radiante el sol. ¡Si estuviera allí también su madre para acariciar a las netezuelas!

Consumieron su merienda frugal con deleite; mercaron a las pequeñas suplicasiones y alajú. Al acabar vieron ante ellos una figura esbelta. Era el señor Vicente.

Vestía irreprochable terno de terciopelo grana. Bajo su amplio capa de Béjar, ornada con broches de plata salmantinos, se destacaba su media blanca de seda. Tocábase con un pastoreño redondo de encarnada cinta. Engracia lo miró de reojo.

—¡Dios guarde a Pedro Antonio—dijo—y a su graciosa y bella compañía!—exclamó—. Veo que os daís muy buena vida y que lo pasáis lo mejor posible.

—¿Qué hemos de hacer?—adujo Pedro—. Pero ya ve vuesa merced con qué poco nos contentamos los pobres.

—Está bien—dijo el alarife—. Pero no conviene derrochar. Hay que ser precavido. Voacé, señora Engracia, cuide de evitar estas franquachelas. Cuando menos se espera viene un accidente, una enfermedad, cualquier cosa, y el trabajo falta y llega la miseria, esa miseria ante la cual las torres más altas se rinden y las resistencias más firmes se doblan.

Pedro Antonio lo miró con sorpresa y recelo.

—¿Qué quiere vuesa merced decir?—Y preguntó—. ¿Es que me cree falto de salud y vigor para desafiar el peligro?

—Nada de eso—repuso el maestro—. No hago más que aconsejar la previsión. Y con ello he dicho bastante.

Después unas palabras frías y el señor Vicente se despidió. Pedro quedó pensativo. ¿Era aquello una amenaza o un simple consejo?

Cerca de ellos dos majos rasgueaban sus lustrosas guitarras. Y una moza bien plantada entonó un villancico, en que se destacaron estas letrillas.

—¿Qué te dijo tu esposa viniendo luego?  
Con las mulas y el carro ten cuenta, Pedro.  
Toma, si cae;  
toma, si hay viento.  
Y Pedro la respuesta pone al sereno.  
¿Es que esta tarde te estarás bobo remendando tu sayo con hilo gordo? (1)

Sintió Pedro Antonio una sacudida en el corazón y una especie de deslumbramiento interior, como si hubiera caído de sus párpados una venda.

—Vamos a casa—dijo concisamente.

Recogieron los restos del ágape y caminaron silenciosamente.

Al día siguiente se presentó Pedro Antonio en la obra y se dirigió al señor Vicente.

—Voacé, señor maestro—le increpó—, puede buscar otro albañil, porque desde mañana no vendré a trabajar.

El señor Vicente lo miró con lástima, mezclada de ironía.

—¿No te gusta trabajar?—preguntó con sorna.

—¡Me agrada; pero no con vuesa merced!—le respondió, irritado, el obrero.

El señor Vicente le volvió la espalda y Feliciano y Manuel, que presenciaban la escena, se acercaron a su pobre amigo.

—Mal hiciste—le amonestó el primero—en hablar al maestro de ese modo. Vas a dejar a tu familia sin pan.

—No me importa—contestó Pedro Antonio—. Prefiero morir de hambre a soportar un día más el orgullo y las señoradas de ese majó.

—Yo soy inclusero—interrumpió Manuel—y no tengo en el mundo más que al señor Feliciano; pero tú tienes mujer y dos infelices criaturas. ¿Qué va a ser de ellas?

Pedro Antonio no contestó y comenzó a subir al andamio de la edificación, que, planeada "a la malicia", es decir, de un sólo piso en la fachada y de tres en el interior, para burlar la carga de aposento, tenía ya por dentro considerable altura.

Una vez arriba parecía que todo le daba vueltas. ¿Sería verdad que no hallaría trabajo en otra obra? ¿Qué sería, si no lo hallaba, de las pequeñas? ¿Se rendirían entonces todas las torres y se vencerían todas las resistencias? Una ola de dolor y de cólera lo cegaba. Volvió a sentir un desvanecimiento; sus pies resbalaron y se apoyaron en una tabla, que cedió a su peso. Poco después se oyó el golpe pesado de un cuerpo sobre el pavimento de la calle y del grupo de obreros salió un grito de horror.

Acudieron alocados Feliciano y Manuel y alzaron en sus brazos el cuerpo exánime de Pedro Antonio. Estaba sin sentido. La caída debía haber sido mortal, porque en su rostro se dibujaba la mueca hipocrática. La muchedumbre se agolpaba al paso del trágico cortejo. Una mujer del pueblo exclamó, luego de santiguarse:

—¡Jesús, María y José! ¡Cuando menos se piensa..., el accidente!

Pero no todos los accidentes son obra de la fatalidad, ni del Ananké; muchos de ellos se llaman miseria, incompreensión y maldad humana.

ANTONIO ZOZAYA

INSPIRADO POR EL CUADRO "EL ALBAÑIL HERIDO", DE GOYA. (FOTOS V. MUÑO)

(1) Villancicos. Descalzas Reales. Madrid, 1695.







¡1936  
bajo el signo  
de Marte?



"ALOCUCIÓN DEL MARQUÉS DEL VASTO A SUS SOLDADOS", DE TIZIANO. (FOTOS V. MURO)



enciende con su voz a los soldados. Resuelto y tranquilo el ademán—tal pide al caballero la Victoria—el señor marqués, a quien los españoles llaman el marqués del Vasto, y los franceses marqués del Guast, ha nacido, en Italia, español por la gracia de Dios.

Como su primo, el Marqués de Pescara, siente la alegre responsabilidad de su nombre.

de su sangre y de su raza que, avecindada en Nápoles que le viera nacer, es española de origen, de afán y de concepto.

Los soldados del César, uno por uno, ruedan por cuatro climas la historia del Señor Marqués, del Señor Capitán de Carlos V, hombre de pelo en pecho si los hay y de virtudes diplomáticas si quedan.

Siendo de la altura y edad que el paje niño portador de su casco bruñido por soles de cien batallas, Don Alfonso de Avalos, Marqués del Vasto, corrió a alistarse bajo las banderas del César Carlos V. Cumple los veinte años en la campaña de Provenza con la espada en la mano, y asiste luego a la batalla de Pavía y mira el mar eterno y antiguo con ojos cargados de esperanza en combate naval librado frente a Nápoles.

No hay soldado que no recuerde su historia. Moza que no la lleve cantándole en su oído, ni dama que, en revuelo de sedas en salones, no la lleve en el labio subida allá desde su corazón.

Frente a Nápoles, estampa loca de colores, el Señor Marqués ha sido hecho prisionero. No hay ojos que no lloren ni lunado escote que no sea ahora caja de suspiros.

El triunfo de la guerra, cuando no está en la razón de las armas, está en las razones del buen decir y el mejor convencer. El Señor Marqués, preso de Andrés Doria, aliado de Francia, toma las razones de su razón y gana sin armas la batalla que da a España victoria, convenciendo al almirante que se pase al servicio del Emperador Carlos V.

Las campanas de Nápoles repican en su honor. Inquieto en las quietudes, el Señor Marqués no descansa. A las órdenes del Príncipe de Orange, los soldados ven su negra barba moverse al viento florentino y después haciendo con su propia coraza de humano bastión contra el avance turco en tierras alemanas. ¡Servicio alegre morir por este capitán! Los soldados le siguen. Florencia arde en fiebre de expedición contra el infiel. Lanzas, espadas y ballestas se





*La comida de los pollitos*

*Mainero*









alzan bajo un cielo limpio, sobre abombadas naves, peinando la salada melena de la mar. Es la expedición contra Túnez, la toma de Porto-Farina y el regreso triunfal.

Ruedan los años. El Milanesado aplaude el gobierno que tiene en el Señor Marqués. Vuelve a la guerra, y poco después de la paz de Crespy, a los cuarenta y cuatro años, Dios le concede la gracia de morir sin ver su decadencia.

¡Es una vida de español!

\* \* \*

Entre la agonía de un año y el nacer de otro, piensa uno, entre las serpentinas de los tristes vaticinios, en aquellas vidas, en aquellas muertes, en aquellas guerras y en aquellas paces del siglo XVI, cuando el Marqués del Vasto—por ejemplo—encendía afán de gloria, de honor y de aventura en el corazón de sus tropas que entraban, cantando, a luchar y a morir...

¡Guerras ungidas por la esencia prerromántica de la caballería, de la fe y de la estimación por el enemigo! El expresivo pincel de un soldado del Arte que estuvo también cerca de Carlos V, Tiziano, nos deja viva imagen de una alocución del Marqués del Vasto a sus soldados. Presentándole sus armas los soldados de España contemplan y oyen a su capitán. Va a ir a la guerra o a entrar en batalla por su Dios, por la Patria, por el Rey... La arenga, llena de entusiasmo patriótico, de ansias de heroísmo colectivo, conmueve a todos. El enemigo se mueve a idénticos impulsos. No hay nada material por medio. Si lo hay, está supeditado a los factores morales, ordenado a tal sentido y sentimiento, lejos de la granjería, de la traición, del odio mismo...

Luchar con el enemigo era luchar con caballeros enemigos. La destreza y el arrojo personal cuentan para la victoria. ¿Podemos los entriscados soldados de hoy pensar en la guerra como pensaban nuestros abuelos? Los ejércitos se lanzan unos contra otros como consecuencia del ansia de la dominación material, como simples instrumentos de fríos intereses mundiales. El estímulo personal es nulo; el valor no vale, no sirve contra la guerra química, que da a los hombres el mismo trato que a los insectos los insecticidas; los grandes generales no pueden jamás contagiar, como el Marqués del Vasto, a sus soldados con aquella noble embriaguez de las guerras antiguas.

¿Guerra en 1936?... Las interrogaciones se abren de angustia a angustia. Es terrible, doloroso, feo, pensar en ejércitos destrozados como hormigas, destruidos como moscas por una palanca que se mueve a distancia, por un avión que está más alto del peligro o un submarino que dispara más abajo de la línea noble... Con la mirada cargada de insobornables y hondas melancolías vemos vivir en una hora de España la hora del César Carlos V. Tierras del Milanesado y de Flandes... Batallas contra los turcos... Trato de corteía de enemigo y honores al prisionero...

Se debía ir entonces a la guerra como se iba, antes aún, a los torneos. Llevaba cada caballero un pañuelo bordado por su dama, y luchaba en nombre de un Rey, soldado también, ofreciendo al enemigo que disparara primero...

Yo no sé si cualquiera tiempo pasado era mejor... Pero sí que cualquiera guerra pasada fué mejor.

\* \* \*

El Señor Marqués habla a sus soldados. Sostiene el paje adolescente el casco bruñido por soles de cien batallas. La mano pulida de generaciones se alza en aliento liberal y romántico, mientras la otra empuña el bastón de mando. El cielo, limpio, prelitográfico, marca senderos de ideal, rutas de victoria.

El Señor Marqués arenga a sus soldados. En nombre de Dios mueren con una sonrisa bordada al labio los que nacieron bajo el nombre de Dios. España es grande. El corazón de la Patria abre caminos. En las casas de piedra de los pueblos españoles sueñan las damas con laureles y cruces. Y un muchacho cualquiera—doce a catorce años—en la misma hora de España, se acerca a un militar para rogarle:

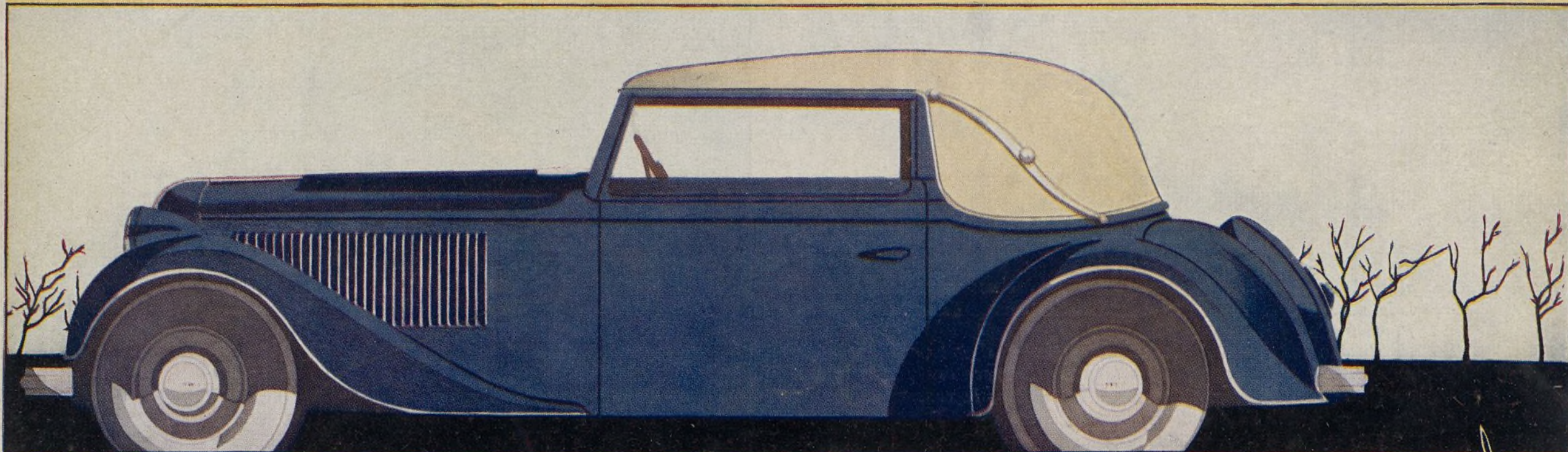
—Mi señor capitán, tómeme a su servicio...

¡Ay tiempos en que alumbraba el Sol afanes ya perdidos! Arrogancias y humildades, Señor Marqués, que permitían morir sonriendo a la Muerte.

CÉSAR GONZALEZ-RUANO







CABRIOLET 8-11 HP.

*romley*

*Quiero  
la mujer moderna*



**ADLER**

DISTRIBUIDORES

A.T.A.

Goya 24-MADRID

Ayuntamiento de Madrid